

Democracia e ideología

Actualidades y deslindes de La Sucesión Presidencial en 1910 de Francisco I. Madero

Se hace una relectura sobre un texto clave para la historia política nacional. La sucesión de 1910 y la de 1994 comparten una circunstancia coyuntural de crisis política: la ruptura del discurso oficial sobre la democracia. Se sitúa el contexto del texto maderista del cual se hace un análisis. Se enfatiza cómo todavía en 1994 no se ha cumplido el anhelo de lo planteado por Madero.

MIGUEL J. HERNÁNDEZ M.¹

P

rolegómeno

La sucesión presidencial de 1910 y la de 1994 comparten una circunstancia coyuntural de crisis política: la ruptura del discurso oficial sobre la democracia. En ambas coyunturas la sociedad civil se debate entre la incertidumbre de un proceso electoral libre de fraude y la expectativa por una oportunidad, quizás la última en este siglo, de construir un orden social por vías democráticas y pacíficas.

En enero de 1994, el conflicto de Chiapas nos obliga a una reflexión urgente sobre los significados y prácticas democráticas. De lo hasta ahora vislumbrado, está la gran distancia entre la palabra y la acción, si no es que la prevalencia de una *realidad virtual* confundida con la palabra.

Cuando en 1908 Francisco I. Madero escribió *La sucesión Presidencial en 1910*, confrontó duramente a las palabras de la dictadura con sus acciones. Hoy día, los ecos de esta confrontación resurgen como

¹ El Colegio de Michoacán/Programa de Doctorado en Ciencias Sociales (CIESAS/U. de G), área de antropología social.



espejos que reflejan un presente cargado de presagios y saberes, necesarios de recordar para dar una dirección diferente al futuro. Distinta a la que se dio en 1910.

La sucesión Presidencial en 1910. El Partido Nacional Democrático,² lejos de ser el texto embalsamado por la historiografía oficial para ilustrar “ese pasado” que gestó a la “Revolución Mexicana”, es un ejemplar sintomático de las premisas sobre las cuales se configuró una ideología de la democracia en México.

La figura de Madero se ha convertido en centro de atención para reivindicar una circunstancia histórica en la que se vivió, según algunos de sus intérpretes, una “verdadera democracia”. La intención de este trabajo no es polemizar sobre este particular, sino recuperar aquellas dimensiones de su discurso que orienten la comprensión y problematización de un concepto de democracia gradualista, dominante hoy día. El argumento central de esta tendencia sostiene el *arribo* de la democracia por procesos graduales que dependen de la maduración de las fuerzas políticas a través de mecanismos electorales.

Lo mismo que en 1908, el punto de la cuestión sobre la posibilidad de un sistema político democrático es la sucesión presidencial. Para nuestros propósitos, deslindaremos de este tema su característica de fenómeno político para centrar la atención en el objeto que nos interesa: las características de un discurso ideológico hegemónico sobre la democracia, y su incidencia en la omisión o subordinación de otras prácticas construidas desde posiciones alternas. El libro de Madero será el referente empírico para elaborar nuestras reflexiones, en el entendido de que se trata de un discurso político cuya función es, de acuerdo a los criterios establecidos por Hugo Zemelman para este tipo de discurso:

*Revelar la relación entre uno o varios sujetos sociales y el poder, mediante la definición de opciones viables por las cuales puedan influir estos sujetos en la realidad.*³

² La edición que se consultó para realizar este trabajo es la facsimilar editada por el Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México, 1986, 357 pp.

³ Hugo Zemelman, *De la historia a la política. La experiencia de América Latina* México, Siglo XXI/UNU, 1989, pag. 96. En la segunda parte de este libro, Zemelman ensaya, bajo una perspectiva de la lectura política de la historia, el análisis discursivo de

Antes de entrar en materia, conviene asentar los criterios básicos que orientarán nuestro análisis de discurso.

Lo primero a considerar es el consenso en las disciplinas sociales acerca de la multidimensionalidad que reviste la definición del discurso como objeto de estudio y los métodos empleados para su análisis⁴. Si bien, en la década de los setenta dominó el paradigma lingüístico de corte estructuralista, inspirado en la obra de Saussure,⁵ también estuvo presente otra perspectiva que recuperó la teoría psicoanalítica de Jacques Lacan en el análisis de la ideología.

Con el triunfo de la revolución cubana en 1959, los procesos políticos latinoamericanos abrieron nuevas vías para establecer gobiernos democráticos de corte socialista y neoliberal. Pero también lo fueron las reacciones militaristas que instauraron en más de un país gobiernos dictatoriales. Ante estas realidades, la discusión académica sobre discurso e ideología, antes mencionada, fue retomada en el terreno de la praxis política. Desde una posición crítica al estructuralismo se logró una lectura diferente de Lacan bajo la óptica posmarxista. Los resultados de este esfuerzo se pueden comprobar en los ensayos de Ernesto Laclau, Chantal Mouffe y Emilio de Ipola⁶.

Hasta mediados de los ochenta comenzaron a divulgarse en español los trabajos de la Escuela Eslovena. Los regímenes totalitarios de Europa del Este y las pocas experiencias socialistas contestatarias

cinco pensadores latinoamericanos, representantes de diferentes épocas históricas, tendencias políticas y modalidades de formación intelectual. No se trata de un análisis lingüístico del discurso, sino de sus contenidos ideológicos, con el objetivo de descubrir sus perspectivas sobre la formación de proyectos viables para dar direcciones al futuro a partir de su reflexión del pasado.

4 Al respecto véase la didáctica exposición realizada por Teun A van Dijk en *La ciencia del texto. Un enfoque interdisciplinario* Barcelona, Paidós, 1983, Cap. 1. También es relevante en este aspecto el libro de Roland Barthes, *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós, 1990, Cap. 2.

5 Ferdinand de Saussure [1994], *Curso de lingüística general* Barcelona, Planeta-De agostini, 1985. En México, el análisis del discurso político ha tenido una fuerte influencia de la lingüística para elaborar categorías metodológicas aplicables al estudio de la ideología. A este respecto, la antropología ha enriquecido el paradigma lingüístico al articularlo con los referentes empíricos etnográficos. Podemos citar como ejemplares de esta perspectiva a: María Teresa Sierra, *Discurso, Cultura y Poder. El ejercicio de la autoridad en los pueblos Hñáhnú del valle del Mezquite* México, CIESAS/Gbno. del Estado de Hidalgo, 1992; Teresa Carbó, *Discurso político: lectura y análisis* México, CIESAS/SEP, cuadernos de la Casa Chata, 1984; Jesús Galindo, *Análisis del discurso del Estado Mexicano* México, CIESAS, Cuadernos de la Casa Chata, 1984.

6 Los trabajos básicos de estos autores que fueron consultados para la elaboración de nuestro ensayo son: Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo* Madrid, Siglo XXI, 1986; Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* Madrid, Siglo XXI, 1987; Emilio de Ipola, *Ideología y discurso populista* México, Folios, 1983.



contextualizaron la formación de un pensamiento que compartió varias preocupaciones teóricas formuladas en América Latina. Slavoj Žizek, uno de sus representantes, mostró una forma original de aplicar, al terreno del análisis político e ideológico, las categorías psicoanalíticas lacanianas⁷. Al parecer, los caminos de la cinematografía, la filosofía y la literatura fueron los insumos que resolvieron, en el caso esloveno, la recuperación de Lacan en un terreno diferente al clínico.⁸

Orientados por las perspectivas teóricas anteriores, veamos nuestros criterios del método empleado en el análisis de discurso. En adelante se entenderá por “discurso” una totalidad estructurada a través de la práctica articuladora entre elementos que modifican su identidad como resultado de esa práctica.⁹

A diferencia de los postulados estructuralistas que conciben al sujeto como una entidad constituida en su interacción con la estructura, o bien como resultado de la interpelación ideológica —escribe Žizek retomando el concepto laciano de *punto de acolchado*— no es “falsa conciencia” ni “representación ilusoria de la realidad para huir de ella”. Es la construcción de una fantasía que sirve de soporte a nuestra realidad; que estructura nuestras relaciones sociales efectivas.¹⁰ En este proceso, el *sujeto* es la fisura en el centro mismo de la estructura. El deseo imposible de realizar, pero representado como realizado por el discurso ideológico. Su identidad no se define por la descripción de sus propiedades “empíricas”; no existe la esencia del sujeto, sino la construcción de sus formas

7 Slavoj Žizek, *El sublime objeto de la ideología* (México, Siglo XXI, 1992).

8 Las “lecturas marxistas” de Lacan parecen remitirse en primer lugar a Althusser, aunque sus críticos más connotados (como Perry Anderson y E. P. Thompson) establecerían una distancia prudente al encontrar una lectura de Lacan mediada por el estructuralismo en su forma más mecanicista. En el ámbito latinoamericano, la Fundación Mexicana de Asistencia Psicoanalítica, fundada por psicoanalistas argentinos, han realizado en el campo clínico y el análisis de la relación entre ciencia e ideología, un trabajo importante sobre Lacan a partir de categorías marxistas (en donde está presente la influencia althusseriana). Además de las publicaciones de sus coloquios, uno de los ensayos más ilustrativos de esta tendencia es el de Nestor A. Braunstein, *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis. (Hacia Lacan)* (México, Siglo XXI, 1980). Laclau y Mouffe se apartarían de la recuperación de Laclau desde el ámbito clínico y althusseriano, y podrían ubicarse en una corriente crítica al estructuralismo que retoma al Foucault de la segunda época (véase a este respecto el trabajo de Miguel Morey, *Lectura de Foucault* (Madrid, Taurus, 1983)). Por último, es interesante anotar que el pensamiento intelectual, forjado en los países socialistas de Europa del Este, retomó de una manera crítica las lecturas de Hegel y Marx, apoyado en los trabajos de la Escuela de Frankfurt (a partir de Lukács hasta Adorno). Un ejemplo de este patrimonio es Agnes Heller, de la escuela de Budapest. Para esta escuela, como parece serlo también para la Escuela Eslovaca, los problemas del lenguaje y la imagen cinematográficas y literarias fueron los referentes para articular una incursión teórica en los escritos de Lacan.

9 Laclau y Mouffe, Op.cit., 1987: p.119.

10 Žizek, Op.cit., 1992: p.76.

desde diferentes posiciones.

La hipótesis de este trabajo propone que, en *La Sucesión Presidencial de 1910* ..., la democracia se perfila como un objeto construido en la distancia de su postulación *utópica* y *estratégica*. En su contenido utópico, la democracia se constituye sobre la creencia de su universalidad, sin los puntos de excepción que la contradicen. La democracia se proyecta como superación del autoritarismo —del “poder absoluto” en palabras de Madero— en un proceso gradual al que arriban solamente las sociedades civilizadas.

El otro significado no se localiza en la racionalidad del discurso como en su función de espejo que *sub-vierte* las construcciones sociales de la realidad histórica consideradas por Madero. *La Sucesión Presidencial en 1910*... recuerda, refleja y confronta al “dictador” y a “los mexicanos” con las prácticas políticas y con las ideas de un régimen que invocó la constitucionalidad para ejercer un poder de gobierno. En este proceso de conocimiento y reflexión sobre la identidad de la patria, la democracia y el autoritarismo son las dos caras de una misma moneda: el poder político. En este sentido Madero se halla, sin proponérselo, más cerca de Gramsci y de Weber al considerar la tensión dialéctica de la fuerza y el consenso, del poder y la dominación. Madero reconoce implícitamente, a pesar de su visión organicista y evolucionista, que el retorno a la utopía constitucional requiere de una estrategia de acuerdo y voluntad entre fuerzas políticas antagónicas. Los hechos parecen demostrar que su identificación de las fuerzas que podrían haber consolidado un bloque de poder a favor de la democracia, no fue la correcta.

El contexto: biografía y coyuntura

1. Perfil del autor y de su obra.

La Sucesión Presidencial en 1910. El Partido Nacional Democrático es un libro difícil de ubicar en algún tipo de literatura política. Tiene las características de un manifiesto en la medida que hace pública la declaración de un propósito político de interés general. Pero también se entretiene en esta intención el análisis social, la biografía personal y los



juicios seculares de un converso que mira al mundo con los ojos de un místico cristiano.¹¹

El objetivo formal del libro es *“hacer un llamamiento a todos los mexicanos, a fin de que formen ese partido [se refiere al Partido Nacional Democrático] que será la tabla de salvación de nuestras instituciones, de nuestra libertad y quizás hasta de nuestra integridad nacional”*.¹² Pero, implícitamente, el escrito revela un objetivo de mayor alcance que rebasa su circunstancia temporal: presentar a los lectores una vía para recuperar nuestra identidad patriótica y asumir la responsabilidad de construir el futuro.

El libro consta de siete capítulos no numerados, además de la dedicatoria, los móviles que guiaron a su autor para escribirlo, el resumen y las conclusiones. En el primer capítulo *“El militarismo en México”*, Madero hace una apología de la patria, analizando los momentos importantes en que los caudillos militares la defendieron y después *“le cobraron”* sus sacrificios, gobernando a la nación en forma despótica. En esta reconstrucción presta especial atención a los primeros intentos para establecer una democracia en el país. El capítulo siguiente trata, sin más, de los temas que lo titulan: *“El General Díaz, sus ambiciones, su política, medios de que se ha valido para permanecer en el poder”*. En él expone su tesis sobre el **poder absoluto**, que será el término con el cual caracterizará al régimen político de Díaz. Los dos capítulos que continúan: *“El poder absoluto”* y *“El poder absoluto en México”* exponen los rasgos que, a juicio de Madero, caracterizan esta forma de poder en algunas partes del mundo, para luego examinar con detalle el caso de México. El primero de estos capítulos presenta mayores imprecisiones en los hechos que interpreta; el segundo demuestra un conocimiento de causa profundo sobre los hechos expuestos, que es una de las mejores cualidades intelectuales de Madero.¹³

Todos estos capítulos constituyen las tres cuartas partes del libro. Los

11 Sobre este aspecto véase el análisis de Enrique Krauze, *Místico de la libertad. Francisco I. Madero* (serie Biografía del poder/2, México, Fondo de Cultura Económica, 1987: p.21 a 39).

12 Madero, Op.cit.: p.19.

13 Al respecto, Arnaldo Córdova escribió: *“No se puede negar que Madero fue, en sus tiempos, el mexicano que mejor comprendió el espíritu de la modernidad y que sus intuiciones del futuro no tenían par en todo el pensamiento de su época”* (*La ideología de la Revolución Mexicana. Formación del nuevo régimen*, México, Era, 1988: p.112).

que siguen (“¿A dónde nos lleva el General Díaz?”, “¿Estamos aptos para la democracia”, “El Partido Nacional Democrático”) son propiamente el análisis coyuntural de los problemas que reviste la sucesión presidencial y la propuesta de Madero para formar el Partido Nacional Democrático.

Madero no escribe con el rigor del académico, pero no por ello deja de ser sistemático en la lógica de su exposición. Tiene su propia manera de interpretar. Su atención se fija en el carácter y la conducta política de los personajes que analiza (los “pro-hombres”) para juzgarlos pragmáticamente.

Si comparamos el libro de Madero con el de Andrés Molina Enríquez *Los grandes problemas nacionales* [1909], encontraremos un contraste importante. Ambos están influenciados por las teorías de la sociología organicista y evolucionista que en ese tiempo predominaban en los ambientes intelectuales de Francia y Estados Unidos. Molina Enríquez las retoma en su contexto teórico y metodológico para definir y analizar con rigor sociológico los problemas sociales, económicos y políticos del porfiriato. Madero se apoya, más bien, en los contenidos doctrinarios de las mismas teorías (no olvidemos que las raíces filosóficas de ambos pensamientos están en la doctrina positivista de Auguste Comte) y las articula con un compromiso profético para transformar el mundo.

*Creo que sirviendo a mi patria en las actuales condiciones cumplo con un deber sagrado, obro de acuerdo con el plan divino que quiere la rápida evolución de todos los seres y, siendo guiado por un móvil tan elevado, no vacilo en exponer mi tranquilidad, mi fortuna, mi libertad, mi vida.*¹⁴

Por lo visto, la retórica dominante en el discurso se asemeja a la de un converso que, después de una revelación sagrada, expone cómo superó su indiferencia y egoísmo para actuar en el mundo. Pero hay que matizar esta retórica, pues no nos hallamos ante un predicador, sino ante un intelectual (y más tarde un político) que cree en el progreso y la racionalidad, en los cambios a partir de la acción de los hombres y, como

¹⁴ Carta de Madero a su padre (30 de octubre de 1908). Citado por Krauze, Op.cit.: p. 34



buen liberal, en la legitimidad del derecho constitucional para erigirse como árbitro por encima de los intereses personales de quienes detentan el poder.

A sus rasgos intelectuales y militantes se correlaciona su posición de clase. Madero pertenece a una de las familias que poseía las mayores fortunas del país. Tiene la perspectiva del empresario emprendedor capitalista, para quien el progreso de su patrimonio no radica en la sobrexplotación de sus peones (diferencia notable con respecto a los hacendados de su época). Su preocupación por mejorar las condiciones de vida de sus trabajadores¹⁵ muestra una faceta interesante de Madero que evoca las experiencias cooperativistas, realizadas en el norte de México durante el siglo XIX. Este aspecto, poco resaltado en los estudios sobre Madero, indica la presencia de principios de caridad cristiana, diferente a los del catolicismo social, que no rivalizaron con la doctrina liberal y lograron objetivarse en un programa social.

Una vez examinados algunos rasgos benéficos que trazan el perfil cotidiano del sujeto social, cabe preguntarse sobre las circunstancias políticas que determinaron la construcción de su discurso.

2. *“¿Conviene a la Nación Mexicana la continuación del actual régimen de poder absoluto, o bien la implantación de las prácticas democráticas?”¹⁶*

La pregunta de la cita anterior es el “problema trascendental” en el libro de Madero. Indica el punto de la cuestión coyuntural: aprobar con silencio o indiferencia la reelección del General Díaz (o de los sucesores por él designados), o elegir al presidente de la república mediante comicios libres y respeto al consenso ciudadano.

Cuál es la razón de formular esta disyuntiva en 1908. La respuesta clásica se atribuye a las expectativas que provocó Díaz en su entrevista con el periodista norteamericano James Creelman, en marzo de ese año. Sin embargo, hay algunos datos que matizan esta causa aparente. Durante varios meses, los comentarios periodísticos que suscitó la

¹⁵ Krauze, Op.cit.: p.14 a 17.

¹⁶ Madero, Op.cit.: p. 282.

entrevista fueron aislados y superficiales. Además, el balance que el propio Díaz hiciera sobre su obra de gobierno no indicaba debilidad en su proceder. En él resaltaba los logros económicos que constituían el “México moderno”; admitía que sus métodos de gobierno habían sido muy “duros, inflexibles”, pero era “mejor derramar algo de sangre” si, además, la derramada era “maligna” y la que se “salvó” era la sangre de los buenos.¹⁷

Con respecto a la democracia, la ambigüedad de su discurso provocaba más dudas que certezas. Reconocía que México no vivía un régimen democrático y justificaba la necesidad de un gobierno duro para mantener la paz. Aun así, eran deseables los principios democráticos plasmados en la constitución como ideales políticos a seguir. Más que abrir el cauce para un proceso de elecciones libres, Díaz comentaba su deseo de ya no continuar en la presidencia, pero sí de seguir “sirviendo a la patria”, apoyando a su sucesor: “Estaría a su lado y lo apoyaría y lo aconsejaría en la inauguración y en el éxito del completo gobierno democrático del país”.¹⁸

Algunas interpretaciones ven en estas últimas declaraciones un intento por mediatizar a los porfiristas que aspiraban a la presidencia: el general Reyes y José Yves Limantour. Pero en realidad, la entrevista tenía de fondo la crisis política del sistema, recrudecida por la sexta reelección de Díaz en 1904.¹⁹

A la disputa por la silla presidencial entre la clase política porfirista, se conjugan las presiones de la lucha electoral democrática ejercidas por los clubes liberales de oposición. En febrero de 1901 se llevó a cabo, en la ciudad de San Luis Potosí, el Primer Congreso Liberal que reunió a los más destacados luchadores políticos de esta tendencia (los hermanos Flores Magón Y Juan Sarabia entre otros).²⁰ Bajo la bandera del liberalismo se conjugaron miembros provenientes de estratos de traba-

17 Eduardo Blanquel, “La entrevista Creelman”, en: *Así fue la Revolución Mexicana. Vol. México*, Consejo Nacional de Fomento Educativo, 1985: p.133 a 135.

18 Entrevista Díaz-Creelman, Apud. Blanquel, Ibid: p.135.

19 Véase: Alfonso de María y Campos, “Crisis y combates por la reelección”, en: *Así fue la Revolución Mexicana. Vol. México*, CONAFE, 1985: pp.127-132.

20 Véase: Juan M. Aurrecoechea y Jacinto Barrera, “El camino de la rebelión: De los clubes liberales a la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano”, en: *Así fue la Revolución Mexicana* Op.cit.: pp.90-97.



jadores intelectuales y artesanos, pequeña burguesía y burguesía, radicados en las ciudades. Madero y sus familiares serían uno de los casos en donde miembros de la alta sociedad lucharían en la oposición liberal.²¹

Madero no creía en una apertura democrática después de la entrevista Díaz-Creelman. Refiriéndose a los hechos de la entrevista escribió:

*Éstos nos hablan con rara elocuencia y nos dicen de un modo fuera de duda, que el General Díaz desea seguir en la presidencia reelegiéndose una vez más, y nos dicen también que no quiere cambiar de política.*²²

Su indiferencia por los acontecimientos políticos fue sacudida con la represión del grupo opositor al candidato oficial para gobernador, que concursaba en las elecciones de abril de 1903 en Monterrey.²³ El principal cuestionamiento que se hizo fue la falta de garantías constitucionales para una vida política en el país.

Los motivos de su “conversión” a la causa política son interesantes. Madero, como empresario, no cuestionaba al porfirismo. Reivindicaba el “progreso y paz social” predominante en el país, después de largos periodos de guerra civil e inestabilidad política. Su admiración por Díaz se debía a la labor del pro-hombre para sacar adelante a México, “un pueblo atrasado”.

A consecuencia de nuestra larga era de guerras intestinas, en la cual no se conocía más derecho que el del más fuerte, al fin tuvimos que caer bajo el dominio del más poderoso y afortunado de los militares de esa época, que estableciendo una dictadura bajo las formas republicanas, ha logrado extirpar de nuestro suelo el germen de las revoluciones, pues al militarismo lo ha desprestigiado con 30 años de paz y al

21 Para una tipología de los dirigentes intelectuales de la revolución mexicana, véase: James D. Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1981: Caps. 3 y 4.

22 Madero, Op.cit.: p.245.

23 Madero, Op.cit.: p.9.

*pueblo le ha hecho crearse intereses materiales de tal cuantía, que constituyen un factor importantísimo par alejarlo de las revueltas.*²⁴

Pero en su visión organicista de la sociedad, Madero reconocía la presencia de elementos “malos” que amenazaban enfermar sus partes “sanas”. El principal “mal” lo constituía la idea fija de Díaz por el poder; sobrevivencia del militarismo, enraizado en el aparato estatal del sistema.

Aun desapareciendo Díaz de la escena no habría una reacción en favor de los principios democráticos, ni tampoco otro pro-hombre que iniciara alguna campaña democrática en favor del cambio. Madero consideraba que había llegado el turno de la democracia. Ya no se vivían las condiciones de debilidad social y políticas que hubiera en las épocas de Morelos o del congreso constituyente de 1857. Díaz. El hombre fuerte se había encargado de afianzar una situación de estabilidad donde podían florecer las *prácticas democráticas* entre los ciudadanos. Por eso Madero, convencido de que el cambio político era el siguiente estadio para el progreso de la sociedad mexicana, convocó en 1908:

A esos valientes paladines de la libertad que, ansiosos, esperan el momento de la lucha; a esos estoicos ciudadanos que muy pronto se revelarán al mundo por su entereza y energía.

²⁵

El discurso del deseo

1. “..A todos los mexicanos en quienes no haya muerto la noción de Patria y que noblemente enlazan esta idea con la de Libertad y Abnegación”²⁶

Si hubiera que designar una columna vertebral en el discurso de *La*

²⁴ Ibid.: p.337.

²⁵ Ibid.: p.4.

²⁶ Ibid.: p.3.



Sucesión Presidencial. sin duda se atribuiría a la palabra **patria**. A lo largo del libro no hay definiciones nominales o teorizaciones sobre ella. Por qué definir lo que constituye el alma de los mexicanos, por qué preocuparse en diferenciar las “matrias”, cuando lo urgente es recordar las semejanzas de la identidad nacional.²⁷

Con *Patria* se apela a lo que está por encima de las voluntades individuales. Madero la evoca como figura materna en circunstancias de peligro y reacciones de ingratitud por parte de sus hijos:

*..Haciéndoles perder la idea de su responsabilidad para con la patria resulta que, cuando llegan los momentos de supremo peligro, el pueblo permanece indiferente, la patria se encuentra sin defensores, sus hijos la han olvidado y la dejan caer inerme bajo los golpes del invasor extranjero.*²⁸

Solamente el héroe desagracia a la Patria, con su conducta estoica, valiente y abnegada.

*Esos grandes hombres, cuyas hazañas admiramos, nacieron en el mismo suelo que nosotros y, en su inmenso amor a la patria, que es la misma nuestra, encontraron la fuerza necesaria para salvarla en los más grandes peligros, para lo cual no vacilaron en sacrificar por ella, su hacienda y su vida.*²⁹

En estos pro-hombres se objetiva la práctica política del patriota. Ellos no nacen, se hacen, y cualquiera puede y tiene el deber de hacerlo. Madero personaliza la figura del héroe en los caudillos y la diluye en los anónimos del pueblo. Quizás esta perspectiva le impida reconocer como patriotas a las luchas políticas cotidianas de indígenas y campesinos, y

27 Luis González y González ha llamado la atención sobre esas dos perspectivas de México. La que desde la Patria trasciende diferencias geográficas, raciales, económicas y culturales, para integrar en un discurso oficial la unidad nacional. La otra, la Matria, parte de esas diferencias en sus contextos regionales, en sus terruños, en su vida cotidiana. Véase: Luis González, “Suave Matria”, en: *NEXOS* Año IX, Vol. 9, No.108, México, Diciembre de 1986, pp.51-59.

28 Madero, Op.cit.: p.17.

29 *Ibid.*: p.2.

fijar su atención en los héroes urbanos de la “prensa independiente”.

A pesar de ello, su discurso no se estructura por la retórica demagógica empeñada en unificar las “virtudes” de los héroes, independientes de su circunstancia histórico social. Ello se evidencia en su análisis sobre el militarismo en México. En él proporciona un panorama sobre las causas políticas del caudalismo militar y del civil (el caso de Juárez), valorando su función para la evolución de la patria. Madero reprocha a estos prohombres la prioridad de sus intereses personales y su fijación por el poder, antes que velar por las necesidades de la patria.

En “*patria*” se contextualiza un significado “materno universal” de tipo secular (¿expresión secular de la otra gran madre universal de los mexicanos, la Virgen de Guadalupe?) que tiene sentido en sus objetivaciones históricas. A pesar de su universalidad la patria/madre existe y se reproduce en la evolución de la historia; por ello las figuras del héroe y del anti-héroe son tan importantes para comprender cómo se construye o se obstaculiza su destino de progreso.

A diferencia de una interpretación religiosa en la que el mundo existe como deseo de los dioses, en la de Madero, la patria ha depositado su destino en las manos de los hombres; incluso corre el peligro de desaparecer. La única manera de garantizar su existencia es mediante una instancia por encima de los intereses individuales: la constitución, que confiere a la patria su identidad como nación.

2. La dimensión utópica de la democracia.

En Humanidades y Ciencias Sociales se han producido diferentes conceptos de utopía para significar matices de lo inalcanzable, lo potencial, lo proyectivo.³⁰ En la perspectiva de la filosofía idealista, enraizada en el pensamiento de Platón, la utopía se situaba en el extremo dicotómico de la realidad racional. Pero a partir de Tomás Moro se fraguó otro significado: el de modelo o acicate creador para potencializar situaciones presentes; no necesariamente por la vía de racionalidad teológica, sino por aquélla en la que el deseo se perfila como horizonte

³⁰ Véase el interesante análisis que sobre las utopías políticas realiza Alfonso Ibáñez, *Para repensar nuestras utopías. Materiales de cultura política* Lima, Perú, edit. Sur/Tarea, 1993.



para construir, en la distancia de realidad/utopía, lo verdaderamente posible bajo determinaciones históricas.³¹

La utopía tiene una función orientadora para producir opciones, posibilita la recuperación de saberes forjados en el pasado para replantearlos en situaciones presentes; representa, en síntesis, una instancia de conocimiento de la conciencia histórica.³² Sin embargo, la utopía, al formar parte del campo político ideológico, es inseparable de la dimensión del poder. Por ello es vulnerable a su cristalización en la ideología de las fuerzas dominantes.³³

En *La sucesión presidencial..* la democracia corresponde a un pasado utópico. Madero no explicita cómo surgió, pero es evidente en su discurso la estrecha relación que guarda con la constitución liberal. La democracia es indicador de progreso y civilidad moderna. Madero admira las experiencias parlamentarias europeas y todavía más a la democracia de Estados Unidos.³⁴ Su fijación, a veces romántica, en los modelos europeos y norteamericano, le resta objetividad para criticarlas con la misma agudeza histórica que empleó en Latinoamérica y México.

Pero su admiración no es servil. Reconoce el valor del nacionalismo que encarna el patriota cuando defiende a la Patria de los invasores extranjeros. Juárez tiene esa virtud durante la guerra de intervención, pero también denota flaqueza por haber pactado el tratado MacLane-Ocampo.³⁵ Ningún héroe es santo (y si se quiere otro ejemplo, ahí está Comonfort³⁶). La tentación del poder rebasa a cualquiera, por ello la tarea principal de la democracia consiste en establecer un poder institucional regido por la ley, en contra de cualquier poder personal.

31 Desde esta perspectiva, la utopía se diferencia del mito porque la primera surge como una construcción social en un mundo profano y busca restaurar un sentido de la historia (cfr. Frank E. Manuel y Fritzie P. Manuel, *El pensamiento utópico en el mundo occidental III* Madrid, Taurus, 1981). El mito tiene una connotación distinta, según Mircea Eliade: "Un mito refiere acontecimientos que han tenido lugar *in principio* es decir, "en los comienzos", en un lapso de *tiempo sagrado* Este mítico o sagrado es cualitativamente diferente del tiempo profano, de la duración continua e irreversible en la que se centra nuestra existencia cotidiana y desacralizada" (Mircea Eliade, *Imágenes y Símbolos* Madrid, Taurus, 1989: p.63.

32 Zemelman, Op.cit.: p.69.

33 Antonio Gramsci demostró lo anterior al analizar, en el caso de la iglesia católica italiana, cómo un principio utópico de fraternidad y ecumenismo se transforma en ideología de la intolerancia y el totalitarismo. Véase: Rafael Díaz-Salazar, *El proyecto de Gramsci* Anthropos/HOAC, Barcelona, 1991: Cap.II.

34 "La grandeza creciente de los Estados Unidos nos es demasiado conocida y debemos de imitarlos en sus prácticas, sobre todo, ese apego a la ley de que dan ejemplo sus mandatarios, a fin de poder llegar a ser tan grande como ellos". Ibid. p.50.

35 Madero, Op.cit.: p.68-69.

36 Ibid.: p.61 a 65.

En su lectura de la historia contemporánea de México (contemporánea para Madero), se halla la tensión entre el progreso económico y el político. La democracia parece hallarse en medio como intento incipiente para equilibrar el “poder personal” de los pro-hombres. A pesar de que Madero mantiene una perspectiva de la historia como progreso, reconoce la relación dialéctica entre poder y democracia. Para fortalecer el nacimiento de un sistema democrático basado en la constitucionalidad, se requiere de un jefe militar fuerte que pueda imponerse en la sociedad para estabilizarla. La convocatoria que lanzó Morelos para formar el congreso en Chilpancingo y la delegación de su poder militar en él, sirve de ejemplo negativo para ilustrar lo anterior:

*No era aún tiempo de poner las riendas del gobierno en manos de un Congreso, se necesitaba un jefe militar (...) Esta falta cometida por nuestro héroe inmaculado, con la mayor buena fé, tuvo resultados trascendentales para la patria, pues retardó por muchos años el triunfo de los insurgentes y nos costó la pérdida irreparable de Morelos, que perdió la vida defendiendo el Congreso que él mismo creó.*³⁷

El eje que articula el avance o retroceso de la democracia lo constituye la frontera sutil entre el poder y el consenso o, si se quiere, entre la imposición de la voluntad personal a otros y la concertación racional de los intereses políticos. La metáfora para interpretar la lógica de este juego, que inclina el péndulo a uno u otro extremo, no corresponde a la visión gramsciana de la guerra de posiciones, sino al coloquio imaginado por Maurice Joly, entre Maquiavelo y Montesquieu en el infierno.³⁸ En un extremo, Madero reivindica la astucia, el disimulo, la fuerza y la entereza personal como cualidades del “príncipe” para pacificar al país, dar “pan o palo” o “matarlos en caliente”. Aquí, las leyes son símbolos seculares o estrategias cínicas para legitimar el poder.

En el otro extremo del péndulo, la constitución de 1857 es la promesa para refundar un orden político nuevo. Sus principios trascienden

³⁷ Madero, *Ibid.*: p.40

³⁸ Maurice Joly, *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu* (Barcelona, Muchnik, 1974).



cualquier interpretación ética de la sociedad, pero no las condiciones del poder imperante. Por ello, más que una revolución, lo que Madero propone es una *restauración de la constitucionalidad*, un retorno al “espíritu de las leyes” (postulado por Montesquieu) sobre el cual se pueda institucionalizar el gobierno de los hombres.

Madero es un *fiel creyente* de la constitución y la única manera para practicarla: la democracia. “Venimos a predicar la democracia”, dijo durante su campaña en 1911. Su cruzada será el último baluarte para un cambio político pacífico. Él lo sabe cuando escribe *La sucesión presidencial.* y le cuesta trabajo considerar la vía armada cuando lanza el Plan de San Luis Potosí. Todavía nos preguntamos si la fe de Madero en la utopía democrática se puso a prueba hasta el último momento, cuando la ciudadela había caído y los esbirros de Huerta los arrestaban a él y a Pino Suárez.

3. “Libertad de Sufragio. No reelección”: los avatares de la democracia.

En *La Sucesión presidencial de 1910.* Madero no demuestra habilidad como estrategia para organizar la toma del poder político en el gobierno. Pero, sin duda, su crítica al militarismo porfiriano y las recuperaciones que hace de los mecanismos democráticos electorales, lo perfilan como un ideólogo de la democracia representativa.

En “Libertad de sufragio. No reelección” se articulan dos cadenas de significados, paralelas en el discurso; una se centra en la crítica al sistema y la otra en la producción de una solución alternativa. La primera consiste en una serie de imágenes sobre el cinismo del poder y los posibles actos de contrición del General Díaz. La segunda trata de la tensión entre una práctica democrática representativa y la inconclusa ruptura con el poder patrimonial, a cuyo interior se incubaba una democracia gradualista.

El *punto nodal* de la primera cadena de significados radica en el *desenmascaramiento* de la ideología militarista. Madero evidencia la manipulación que los militares hacen de las elecciones y de la constitución para arribar al poder:

Debemos hacer a un lado ese grosero pretexto que han invocado siempre los tiranos para oprimir a los pueblos: que no están aptos para la libertad y convencernos de que aquí en México, hemos sufrido las consecuencias que invariablemente nos presenta la historia después de las grandes guerras. (...) Aprovechando el estado caótico que resultó de las asonadas promovidas por aquellos eminentes patriotas, una turba de antiguos caudillos, muchos de ellos patriotas de última hora, turbaron constantemente la tranquilidad de la República con sus frecuentes asonadas, dando por resultado que el más afortunado, o el más hábil militar era el que ocupaba la silla presidencial, convocando algunas veces a elecciones para nombramiento de representantes, pero disolviendo las asambleas que constituían éstas, tan pronto como no respondían servilmente a sus miras. ³⁹

Pero su denuncia no se queda en el análisis de una situación generalizada. Utilizando como preámbulo el contexto de la cita anterior, da un paso temerario: reproduce el Plan de la Noria que promulgó Díaz en su rebelión contra el gobierno juarista en 1871, a causa de la reelección de Juárez, así como el Plan de Tuxtepec de 1876, que lo llevó a la silla presidencial. Madero confronta a Díaz con sus propias denuncias del poder absoluto, sus promesas e invocaciones de la Constitución. Con ello deja descubierto el *cinismo* de una cultura en donde la moralidad está supeditada a la inmoralidad. La alternativa que Madero proporciona a Díaz es su *suicidio político*, esto es, la ruptura con su poder personal mediante la expiación de su culpabilidad autoritaria.

Es indudable que el General Díaz es de una modalidad superior a sus probables sucesores, y es más lógico esperar que él haga alguna concesión a la voluntad nacional... porque no hay que olvidar que él tiene grandes compromisos con la Nación, a quien no ha cumplido sus promesas de

39 Madero, Op.cit.: p.52 y 53.



Tuxtepec. Ahora que el General Díaz no tiene más que temer que el fallo de la historia, ni más que desear que la gratitud nacional, no será remoto que procure atraerse a esta última y asegurarse un fallo favorable de la primera, respetando en sus últimos días la voluntad nacional y cumpliendo todas las promesas que antes hiciera a la Patria.⁴⁰

La intención de provocar en Díaz un retorno a la constitucionalidad no es el punto fuerte de la estrategia de Madero. “¿Estamos aptos para la democracia?” es, finalmente, la interrogante crucial en todos estos intentos dialécticos de ruptura y restauración. Díaz, en su posición paternalista, la formula como una duda hacia los “menores de edad” que gobierna. Madero la hace desde su conciencia de “patriota” para reconocer las prácticas democráticas logradas en el pasado y descubrir en ellas su posibilidad inmediata.

Las respuestas de Madero podrían considerarse como los cimientos de un campo de lucha político electoral desconocido hasta entonces en México. En su dimensión discursiva crea un tipo de interpelación donde el sujeto es definido por sus dotes de ciudadano que ha introyectado la esencia de lo constitucional, por encima de sus carencias sociales y educativas. Se trata del “pueblo apto para la democracia”. Sujeto utópico que se halla en medio de la ruptura con el pasado militarista y el proyecto de una nueva identidad nacional en la sociedad moderna. Madero identifica al pueblo y al gobierno como factores que influyen en las luchas democráticas. El primero había sido despreciado hasta entonces como potencial electoral por su enraizado analfabetismo. No es la masa analfabeta la que dirige un país, sino el elemento intelectual, por ello la ignorancia no es obstáculo para la vida democrática tal como lo ha demostrado la historia.⁴¹ En el caso de México, la mayor prueba de ello ha sido el comportamiento civilizado del pueblo ante los abusos y fraudes

40 Ibid.: p.312. El siguiente párrafo de la parte citada es un monólogo de Díaz, imaginado por Madero, en donde el general confiesa sus culpas para con la Patria y hace un acto de contrición para defenderla de sí mismo apegándose a la Ley. El monólogo termina con la siguiente frase: “¡Ay de quien quiera atentar contra la ley que yo seré el primero en respetar!”. (Loc. cit.: p.313).

41 Madero apoya su argumento en información sobre la democracia en Francia, Grecia y Japón, en épocas donde predominaban masas analfabetas y hubo gobiernos democráticos. Ibid.: p.297 y 298.

perpetrados por el gobierno.

*A pesar de que los partidos populares fueron derrotados con armas de mala ley, el pueblo dio grandes pruebas de cordura, puesto que a pesar de verse vilmente ultrajado, burlado, perseguido, y viendo la ley violada, prefirió permanecer en paz antes de recurrir a métodos violentos para hacer respetar sus derechos. ¿No es la mejor prueba de que en el pueblo mexicano se han olvidado las costumbres que lo llevaban a la revuelta?. ¿No es de esperarse que un pueblo que respeta a una autoridad, aun cuando infringe la ley, la respete más seguramente, con verdadera satisfacción, cuando en ella apoye sus actos?.*⁴²

Confiado en la cualidad “legalista” del pueblo, Madero tiene como verdadero obstáculo al gobierno. En el libro se muestra pesimista. No considera la posibilidad de reemplazar en la primera confrontación electoral (la de 1910) al candidato oficial para la presidencia. Su táctica consiste en ganar terreno mediante la contienda electoral, para despertar a la opinión pública y consolidar en el país una organización partidista fuerte.⁴³

*El remedio consiste en luchar con constancia hasta que se logre el primer cambio de funcionarios por medios democráticos. Si la Nación llega a organizarse fuertemente en partidos políticos, al fin logrará que se le respeten sus derechos y, una vez obtenido el primer triunfo, se habrá sentado el precedente y, sobre todo, un gobernante que debe su poder a la ley y al pueblo, siempre será respetuoso para con ellos y obedecerá sus mandatos.*⁴⁴

El Partido Nacional Democrático (PND) se postula como el elemento

42 Ibid.: p.299.

43 Ibid.: p.316.

44 Ibid.: p.302.



oposicionista ciudadano al régimen militarista porfiriano. Su meta es sustituir al gobierno absoluto “de uno solo” por el gobierno constitucional nombrado por todos los ciudadanos.⁴⁵

Frente al cinismo de la costumbre como ejercicio del poder absoluto, el lema que identifica al PND: “Libertad de sufragio. No reelección”, es la respuesta para el ejercicio del poder constitucional, por medio de las prácticas democráticas. El significado de esta incursión en la realidad autoritaria consiste en evitar dos posibles contingencias: la consolidación definitiva del poder absoluto por el mecanismo de la sucesión presidencial, y la revolución o guerra civil como ruptura violenta de este mecanismo.

La estrategia es original, pero engañosa en la ruptura que pretende establecer con el pasado militarista. En lo que podría tomarse como las medidas tácticas del PND para la confrontación electoral por la presidencia, Madero retrocede en la radicalidad que prometía su programa. No abandona la posibilidad de que Díaz rectifique su conducta personal (finalmente, para Madero, el militarismo es una cuestión de conciencia personal y no un proceso estructural) y apoye las elecciones libres. Si esto no sucediera, recomienda la elección del candidato presidencial entre la administración del gobierno de Díaz, para demostrar que al PND no lo guían sus ambiciones personales. Con la anuencia de Díaz, incluso es posible que él quedara como presidente de la república y el vicepresidente fuera elegido democráticamente. El objeto de esta convivencia sería la transición gradual a la democracia al amparo de don Porfirio. Por último, si ninguna de las anteriores sucede, habrá que entrar en la lucha electoral contra el candidato oficial de Díaz y obligarlo a cumplir con la ley en el reconocimiento de los resultados.⁴⁶

El desenlace fue diferente al previsto por Madero en su libro. Hoy sabemos que llegó a la silla presidencial, teniendo como intermedio la sublevación de varias fuerzas políticas y posteriormente una jornada electoral que, según las reconstrucciones de varios historiadores, fue la más participativa y legal que haya existido entonces. El desenlace no fue tan afortunado. Madero respetó hasta el final la constitución: “*Prefiero*

45 Ibid.: p.307.

46 Ibid.: p.323 a 325.

hundirme en la ley que someterme sin ella". Pero su hundimiento no lo provocó en primera instancia el militarismo, sino su apego a la ley, tal como lo escribe Enrique Krauze:

Antes que a manos de sus enemigos, Madero cayó víctima de su propia congruencia mística, ideológica y moral. Dicho así, parece extraño o paradójico. No lo es. Madero había dedicado toda su vida política a combatir el poder absoluto y el poder personal, a promover la democracia (el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo) y la libertad entendida como ausencia de coerción y como igualdad ante la ley. Con el tiempo, al hombre cuya idea fija era liberar del poder le llega el imperativo de ejercer el poder. Frente a sí tiene un dilema similar al de Morelos, que el propio Madero había recordado en La sucesión presidencial en 1910: conservar el poder como caudillo militar o instalar un poder por encima de su poder. Igual que Morelos, muerto por anteponer a su poder el del Congreso de Chilpancingo, y —lo que es más significativo— a sabiendas de este antecedente, Francisco I. Madero puso ante sí la constitución del 57.⁴⁷

Conclusiones

El libro de Madero es un legado ético para la construcción y ejercicio del poder político. Como perspectiva moral, plantea el problema de la personalización de poder y su solución mediante el ejercicio de una democracia representativa.

A ochenta y seis años de distancia de *La sucesión presidencial en 1910..*, continúa sin resolverse el problema a fondo. El poder político sigue siendo un fin en sí mismo, y su ejercicio se caracteriza por la imposición de la voluntad de unos cuantos sobre la mayoría.

Porfirio Díaz reconoció su poder autoritario como necesario para madurar una situación (siempre prolongada) en donde el pueblo tuviera

47 Krauze, Op.cit: p.66 y 67.



la capacidad para elegir a sus gobernantes. El sistema político mexicano surgido de la revolución se constituyó bajo los principios que pusieron en jaque a la dictadura porfirista, pero sin recuperar la alternativa ética de la democracia representativa. En el nuevo régimen, la “democracia” se convirtió en mecanismo ideológico para legitimar la circulación de facciones en el ejercicio del poder.

La conformación y aplicación de este mecanismo ha sufrido cambios notables. Después de la reforma política de 1977, la democracia se ha perfilado como clímax político de la modernidad. En esta visión prevalece la creencia de una sociedad inmadura para representarse a sí misma, mientras no resuelva los problemas estructurales que aquejan a su economía estable. En ella no cabe la fe de Madero en la capacidad del pueblo para practicar la democracia. Por el contrario, la democracia se fetichiza como un objeto de negociación y cooptación en la medida que se ejercen presiones o se manifiestan movimientos sociales.

Ante una cultura política de la concertación y el gradualismo, el problema de la democracia se mide por la cantidad lograda en diferentes circunstancias de conflicto político. En los discursos de campaña electoral es notable la promesa de “mayor democracia”. En este ejercicio consuetudinario del poder, la sucesión presidencial se asemeja más a un “rito de paso” que menosprecia la capacidad de decisión de la sociedad civil. Fue esta miopía la que provocó una ruptura violenta en 1910 y la que, en 1994, crea incertidumbre con respecto al futuro inmediato.

Pero en la lucha de la memoria contra el olvido, que no es —como escribiera Milan Kundera— sino la lucha del hombre contra el poder, es apremiante reconquistar la utopía ética de la democracia. El compromiso político de Madero con los desafíos de su tiempo no propone a nuestro presente seguir su ejemplo o restaurar sus ideas. Su mensaje tiene mayor importancia por el testimonio ciudadano que preguntó en voz alta sobre el futuro a construir y sobre el compromiso asumido para buscar la respuesta. ☰ ☱